

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

# **Ernesto Quesada: sociología del idioma e idioma de la sociología.**

Gerardo Oviedo.

Cita:

Gerardo Oviedo (2004). *Ernesto Quesada: sociología del idioma e idioma de la sociología*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/466>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

***Ernesto Quesada: sociología del idioma e idioma de la sociología.***

**Gerardo Oviedo: CBC-UBA.**

**E-mail: [gerovied@yahoo.com.ar](mailto:gerovied@yahoo.com.ar)**

**Resumen:**

Ernesto Quesada (1858-1934) es una de las figuras más relevantes de la historia del pensamiento social argentino. A pesar de haber sido rescatado para el presente por historiadores de las ideas y ensayistas críticos como Oscar Terán y Horacio González, respectivamente, no puede decirse que la pertinencia e insoslayabilidad de su figura intelectual sea valorada en su justa dimensión. Si la noción de “clásico sociológico” tuviese aplicabilidad a la historia del pensamiento nacional, siquiera como metáfora de un isomorfismo epistémico con la fundación de la sociología académica europea, tal vez correspondería a Quesada semejante título. Valga como dato el que Quesada fuera un contemporáneo de Max Weber, cuya obra conocía en detalle, al igual que la de Ferdinand Tönnies. Abordaremos este rasgo “fundacional” de la sociología quesadiana, leída sobre el envés de sus célebres análisis sociolingüísticos en torno al “idioma de los argentinos”. Sostenemos la tesis de que la sociología del habla nacional de Quesada, viene precedida por la preocupación por dotar al *lenguaje sociológico* de una *identidad argentina*, formando así un doble juego simbólico en la busca de una gnoseología lingüística de la acción, constituida desde una perspectiva latinoamericana.

Al nacionalismo lingüístico argentino le ha tocado en suerte lo que tal vez pocos países puedan aducir a su favor: contar con un texto liminar sobre el que fincar su epopeya fundacional. Nos referimos, por supuesto, al *Martín Fierro*. Que por ello es asimismo un texto *americano*, como el propio *Facundo*, y acaso solamente estos, si nos remitimos al siglo XIX.

Podemos distinguir tres claves hermenéuticas generales o grandes registros de exégesis en la historia de la recepción martinfierrista: una ontológico-política (Lugones y Astrada); una estético-morfológica (Martínez Estrada y Borges); y una socio-lingüística. Creemos que Ernesto Quesada representa canónicamente esta última.

Es bien sabido que la sociología de Quesada disputaba su legitimidad teórica con la gran novela de época, reconociendo sin embargo su necesidad y pertinencia descriptiva. Lo notable de la posición exegética de Quesada es que su crítica socio-lingüística al criollismo era complementaria a su reflexión gnoseológica sobre la lengua posible de la sociología misma. Vale decir de una sociología argentina y americana.

Quesada deslinda su interpretación del criollismo en sus variantes ontológico-políticas y estético-morfológicas (aunque no las llame así) e interviene en el debate secular –y hoy clásico- sobre el “idioma nacional”, representando la recusación científica a todo intento de patriotismo lingüístico. De modo que si hay singularidad autóctona en la cultura argentina, ella no debería buscarse en la literatura gauchesca. No es el criollismo entonces la impronta caracterológica del ser nacional. Puesto que la identidad cultural argentina no puede estrecharse en los restrictos soliloquios de un separatismo dialectal. Puesto que el habla criollista

se corresponde evolutivamente con una forma de vida histórica premoderna, la campaña, y con un tipo humano periclitado por la gran urbe aluvial, el gaucho, todo intento de atribuir a ese estilo expresivo una esencia gramatical atemporal, está condenado a devenir un arcaísmo. Tal el nervio cientista de su temprana crítica al patriotismo filológico de Abeille. Más grave aún, era que el propio criollismo tenía un origen social dudoso. Puesto que no puede decirse que la lengua criollista no halla sido nada más que la lengua del literato gauchesco folletinesco (en lo que insistirá más tarde Borges); que sea, en fin, una invención intelectual. Ni puede desmentirse la sospecha fundada de que los giros e inflexiones que se tienen por grafos y fonemas aborígenes de la pampa, no sean en verdad sino creaciones carnavalescas de los orilleros y de una pléyade de parias suburbanos, que como los falsos payadores, habitan los poros periféricos de la ciudad portuaria<sup>1</sup>.

Esta aguda sensibilidad desenmascaradora y secularizadora del sociólogo modernista Quesada, es lo que explica el aprecio que hoy cuenta entre historiadores de la cultura que leen las herencias autoctonistas en estricta clave “constructivista”, o simplemente “invencionista”, como regímenes simbólicos mas o menos ominosos que elaboran intelectuales orgánicos de diverso cuño. El punto llamativo es que a pesar de su voluntad modernizadora, o gracias a ella, Quesada sin embargo *también* era un *integrista lingüístico*. Y esto en todo caso es sobre lo que quisiéramos llamar la atención aquí.

---

<sup>1</sup> Cfr. Quesada, Ernesto, “El criollismo en la literatura argentina” en *En torno al criollismo*, Rubione, Alfredo (comp.), CEAL, Buenos Aires, 1983.

¿En qué estriba el integrismo lingüístico quesadiano? En dos puntos sobresalientes: 1) se sustituye el criollismo arcaizante por un castellano universalista; y 2) se proclama la necesidad del castellano unificado a escala continental, de modo de instaurarse como *lengua americana*. En conclusión, el integrismo idiomático de Quesada se expresa como un *unificacionismo lingüístico hispanoamericano*.

Este integrismo universalista estaba justificado por el optimismo sociológico de la ley del progreso evolutivo general, es decir en el credo positivista de acentos racistas que, hay que decirlo, Quesada -como Juan Agustín García, su par doctrinario contemporáneo junto con Ingenieros- no dejó nunca de profesar, aunque con una finura erudita sin parangón y desde una diversidad de preocupaciones intelectuales francamente inaudita. Pero este integrismo debía servir además de dique al peligro aluvional inmigratorio cuya sedimentación caótica amenazaba disgregar el castellano –y por tanto desagregar los lazos de sociabilidad por él mediados- en una hibridación lingüística amorfa, como típicamente la del “cocoliche”. De ahí la candidatura a formar parte de la membresía de la real academia española. Tampoco el integrismo lingüístico de Quesada era ajeno a su nada secreta aspiración última de integrismo católico, donde abrevaba también su propuesta final para resolver el conflicto entre capital y trabajo, que recorría la médula de toda moderna sociedad industrial, y señalaría, para la Argentina del siglo XX, la cuestión social capital.

Permítasenos acudir aquí a una cita *in extenso* donde se revele que el análisis del idioma nacional de Quesada acompasa el respiro de una lengua sociológica argentina. Escribe Ernesto Quesada en *La evolución del idioma*

*nacional*: “Cuando se examina la evolución del idioma en un país determinado, se investiga a la vez forzosamente un capítulo de su historia literaria, porque es la lengua usada por los buenos escritores, en el libro o el periodismo, lo que caracteriza el lenguaje nacional. En todo país, en efecto, las clases populares hablan por lo general la lengua oficial con tales variantes en la pronunciación o la acepción, que cada región viene a tener una especie de dialecto propio, como cada profesión o modo de vivir –sea de los intelectuales, de artes y oficios, gremiales de trajo obrero , y aun los de atorrantes o criminales- tiene, queriéndolo o no, su caló tecnológico, con voces y giros propios. En puridad de verdad, la lengua oficial de un país es únicamente la ensañada en sus escuelas, usada en sus funciones públicas, y empleada en sus libros y periódicos: es a la vez hablada por un determinado número de personas, pero las cuales, comparadas con el resto de la población, sólo constituyen una verdadera minoría, pues el mayor número de habitantes emplea dicha lengua con las recordadas variantes dialectales, en pronunciación o acepción, que imponen cada región o cada profesión o forma de vida.”<sup>2</sup>

Acabamos de escuchar a un Quesada que se manifiesta como filósofo de Estado, como intelectual orgánico de la lengua que apela a ese raro saber, la sociología, para justificar científicamente la tesis de que el habla nacional debe ser regulada institucionalmente para homogeneizar simbólicamente el “demos”. ¿Sólo con una inconfesada pretensión hegemónica de sujeción de las subjetividades? No nos parece que sea del todo así. Más bien el juego de lenguaje que habilita

---

<sup>2</sup> Quesada, Ernesto, *La evolución del idioma nacional*, Ed. Imprenta Mercatali, Buenos Aires, 1922, pp. 9-10.

Quesada no es otro que el de reformular el “plebiscito de todos los días” de Renán en términos de la unificación lingüística de la voluntad ciudadana, más allá de los extremos de la hibridación gramatical y del dialectismo conservador. Es decir, es la premisa positivista de la idea integrista de la nacionalidad orgánica, que al mismo tiempo reafirmaban Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones desde el criollismo, esto es desde un historicismo culturalista que por ello prescindía de toda hipótesis evolucionaria, ya que decía Quesada que “todo idioma es un organismo vivo, que crece y se desarrolla y se transforma”.

Leamos nuevamente al sociólogo Quesada: “La situación del país ... había cambiado del todo: la sola ciudad de Buenos Aires estaba visiblemente transformándose en una de las más grandes urbes mundiales de la tierra, con una población cosmopolita que iba en camino de doblar la cifra del millón de habitantes y estantes, lo cual traía la natural división en diversas capas sociales y la forzosa diversificación de los distintos modos de vivir según profesión y clase, variándose y ampliándose los apellidos tradicionales con la accesión inevitable de los advenedizos enriquecidos, representados por gentes originariamente venidas de los puntos más extremos del globo y cuyo idioma materno difería fundamentalmente del uno al otro y con relación al del país mismo, de modo que la lengua nacional tenía que tomar el carácter que la educación pública, en sus diversos grados, y la clase dirigente, en lo político e intelectual, le imprimiera, siguiendo el resto de del país tal orientación.”<sup>3</sup>

¿No resuenan estas palabras de Quesada a los análisis sociolingüísticos que sesenta años más tarde haría un Pierre Bourdieu? ¿Es que habríamos de

esperar hasta el giro lingüístico pos-wittgensteiniano para escuchar una sociología interpretativa –es decir, lejanamente tributaria de Weber- que vea en las preferencias performativas del habla el modo lingüístico de la reproducción de las clases y grupos que forman las categorías pragmáticas de la diferenciación social? Bien, Quesada sabía esto por el único expediente de inscribirse en un debate sobre el idioma nacional de los argentinos que hasta hoy no ha cesado, salvo que tengamos por perro muerto el problema de la autonomía cultural lingüísticamente objetivada de un país. Y a él correspondió la voz sociológica que sólo en Martínez Estrada volvería su oído a las luchas históricas del drama nacional asumido en su expresividad gramático-existencial. Aunque no podríamos decir aquí, aunque quisiéramos, que Quesada postuló sociológicamente el problema del autoctonismo cultural formulado en términos del nativismo idiomático.

Lo que propuso Quesada es una normalización lingüística que recogía el legado emancipatorio del romanticismo literario en un solo punto: en la necesidad de disponer de un castellano propio. Quesada limitó este programa al aspecto puramente estilístico. Tal es así que Quesada ha dicho que el idioma de los argentinos es *la lengua de los escritores*. La cuestión nos parece la siguiente: ¿no estriba en esto la actualidad de Quesada? Es decir, ¿no es Quesada quien postula el estilo literario como horma espiritual del autonomismo cultural nacional? En otros términos, ¿no recomendaría Quesada el estudio de la formación del discurso sociológico de un país como un *capítulo de su historia literaria*?

Bien, nuestro primer sociólogo no se limitó a estudiar el lenguaje hablado como expresión caracterológica de la morfogénesis de un colectivo social,

---

<sup>3</sup> *Ibíd.*, p. 10.

precediendo tantos vuelcos hermenéuticos y pragmáticos que asolaron el último cuarto de siglo de las ciencias sociales europeas y anglosajonas. Hay algo más. Quesada mismo ha sido un capítulo literario del estilo retórico de una cultura nacional que rezumaba la intención emancipatoria de configurar una espiritualidad autónoma, es decir diferente al cosmos occidental eurocéntrico. Pero a la vez solícito de su condición universalista inabolible. Entonces el castellano es una figura necesaria del ser en el despliegue de la historia mundial. Un ser nacional que se pronuncia por medio de la estilística de una escritura, expresando el alma colectiva en sus cánones de redacción y en las formas de su poética. Acaso no podríamos pedirle más a la fundación de la sociología argentina.